

# La obra de Copérnico

No ha habido nada equivalente en la historia del pensamiento humano. Se creyó haberlo encontrado cuando Kant explicó la ciencia exacta diciendo que el entendimiento no sacaba sus leyes de la naturaleza, sino que se las imponía; pero ahora, al cabo del análisis, no hay ya quien sepa ni cómo es posible la ciencia, ni si es susceptible de solución el problema del conocimiento. También en estos días se ha creído encontrar una revolución de tanta monta en la teoría de la relatividad; pero Dios sabe lo que quedará de ella cuando la suelten los dientes de la crítica. Hasta ahora sigue siendo único el caso de aquel médico y doctor en cánones, medio alemán, medio polaco, al que se le ocurrió un día, aceptando por lo demás los errores y las supersticiones de su tiempo, porque es destino de la verdad entre los hombres el no poder surgir sino entre falsedades, trasladar de la tierra al sol el centro del sistema solar y explicarse la alternación del día a la noche por el movimiento giratorio de la tierra y la sucesión de las estaciones por la revolución anual en derredor del sol.

Fué el atrevimiento más aventurado que registra la historia de la razón humana. Los ojos decían a los hombres que el sol nacía en Oriente y se ponía en Occidente. Era ésta la más incontrastable y arrolladora de las evidencias. Pero Nicolás Copérnico se atrevió a desafiar la evidencia, y fué, por lo tanto, el primer hombre que enseñó a mirar el Universo con los dos ojos (*si modo rem ambobus (ut ajunt) oculis inspiciamus*), por lo que no ha de entenderse el ojo izquierdo y el derecho, sino la corrección y el completamiento de la evidencia, que nos ofrezcan los ojos de la cara, con la visión más profunda de los ojos del alma y de la razón. Por este atrevimiento no fué ya posible, o al menos no lo fué por mucho tiempo, que se continuase decidiendo la naturaleza de los cielos por la palabra de Aristóteles, fundada en la supuesta perfección de la naturaleza, sino que se prefirió la investigación de la naturaleza al testimonio de autoridad. De otra parte, se corrigió los datos de la experimentación con el razonamiento. Y gracias a este entrelazamiento de experimento e hipótesis, ha alcanzado la ciencia natural el caudal de conocimientos que ha permitido a los hombres cambiar la faz del orbe, por lo que no es extraño que al celebrarse el 450 aniversario del nacimiento de Copérnico no sean ya únicamente los científicos los que se admiren y pas-

men de la obra, que no se hubiera realizado a no haber nacido un Nicolás Copérnico el 19 de febrero de 1473.

Y acaso no se viera acompañada esa obligación de un sentimiento de melancolía, hijo de la crisis actual de las naciones occidentales, si la obra realizada por Copérnico en la ciencia natural, se hubiera visto acompañada de una labor análoga en las ciencias morales y políticas. Pero al mismo tiempo que Copérnico trasladaba de la tierra al sol el centro del sistema planetario, los humanistas mudaban de los cielos al hombre el centro de la vida moral. Antes del humanismo, los pueblos perseguían, al través de la Iglesia, el ideal ultrahumano del Reino de Dios; los individuos, el ideal místico, heroico, nunca realizado, del perfecto caballero. El caballero había de combinar la fuerza y el valor invencibles con la justicia, la modestia, la lealtad a los superiores, la cortesía a los iguales, la compasión a los débiles y la devoción a los poderes espirituales. A los siete años de edad empezaba la educación de un caballero y pasaban catorce o quince años de «entrenamiento» del cuerpo y del espíritu antes de que se le diera el espaldarazo acompañado de las palabras del ritual: «En nombre de Dios, de San Miguel y de San Jorge, yo te armo caballero: sé valiente, cortés y leal».

Era un ideal irrealizable el que inspiraba a los hombres y a los pueblos; pero en el esfuerzo por realizarlo se creó lo que más vale de nuestra civilización: universidades, hospitales y asilos, y el tipo de hombre que afirmó la superioridad del Occidente sobre todos los otros continentes, con lo que se dice que es el tipo más noble que la humanidad ha producido. Pero los humanistas creyeron que el hombre no debía sacrificarse por tratar de alcanzar lo imposible. Bastaba con proponerse un modelo más realizable, como era el que ofrecían los personajes de la anti-

güedad, tal como Plutarco los pintaba. Quizás fué que el mismo descubrimiento de Copérnico llenó a los hombres de orgullo al percatarse de que con su razón podían atravesar las inmensidades estelares. El hecho es que los humanistas hicieron que el hombre, poco a poco, se declarase moralmente autónomo y se fuese negando a seguir imposibles esquemas de perfeccionamiento. La autonomía de la razón implicaba que el hombre llevaba dentro de sí el mejor modelo. Cuando Leibniz formuló la teoría del progreso inevitable, los hombres ya se habían dejado de atormentar con la idea de si eran todo lo buenos que podían y debían ser. Esta es idea que ya no tortura casi a nadie. Cuando Jesús llamaba a los fariseos: «Generación adúltera», los fariseos sentían el adjetivo como un trallazo en las espaldas. Si dijese hoy lo mismo se le sonreirían los oyentes, guiñándose los ojos.

Los hombres de ahora, hablo de los mejores, no se preocupan sino de la obra. El cuidado por el propio perfeccionamiento puede darse por desaparecido. Nietzsche puede hablar de los músicos que, a fuerza de especialismo, no son más que orejas prolongadas, y de los sabios que no son «ni chicha, ni limoná» (*rien pour une femme*), pero Nietzsche, el único moderno que no está satisfecho con la humanidad que encuentra en torno suyo, y en sí mismo, a pesar de su *Anticristo*, es un cristiano, uno de los pocos cristianos de estos tiempos, como creo haberlo mostrado suficientemente, y sabe ver al hombre con cristiana sutileza. Los demás no ven más que las cosas, y juzgan de los hombres meramente por las cosas que hacen, sin reparar que los autores de cosas admirables pueden ser, y son frecuentemente, personalmente despreciables. El sabio diplomático, el matemático que inventa nuevos sistemas de numeración entre sus estancias en una casa de orates, el poeta morfínmano, el filósofo lleno de aberraciones, el novelista epiléptico, el escritor cocainizado, el genio homo sexual, el investigador original que recorre las calles detrás de chiclellas pervertidas; éstos son los héroes de la civilización occidental en nuestros tiempos. La proporción de narcotizados, alcohólicos, pervertidos sexualmente, jugadores y locos entre los hombres de genio es realmente aterradora. Esos hombres se consuelan con la ilusión de que lo fecundo en ellos es la obra, mientras que los vicios no pasan de ser sus personales aflicciones. Pero es ilusión falsa. La intimidad del grande hombre es tan pública como su obra, y su mal ejemplo hace tanta escuela como su labor. Así, poquito a poco, y de mal en peor, por creciente complejidad de la cultura y menguan-

## LA MEJOR

Fábrica de siropes y bebidas gaseosas

JUAN LUIS CAMPOS

Calle 5ª sur, entre avenidas 6ª y 8ª sur  
Nos. 650 y 656

TELÉFONO No. 190

APARTADO No. 935

SAN JOSE, COSTA RICA